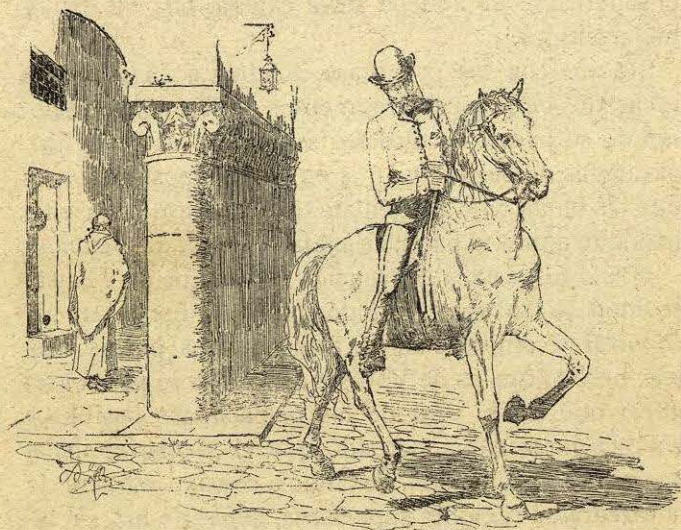


ondeada, cuello grueso, poderosa cerviz, cola larga y espesa. Era el jaco de pura raza española, y haciale el jinete piafar, caracolear, revolverse, con gran maestría de la mano y la espuela; como si el caballo mostrase toda aquella impaciencia por su gusto, y no excitado por las ocultas maniobras del dueño. Saludó Mesía de lejos y no vaciló en acercarse a la Rinconada, hasta llegar debajo del balcón de la Regenta.

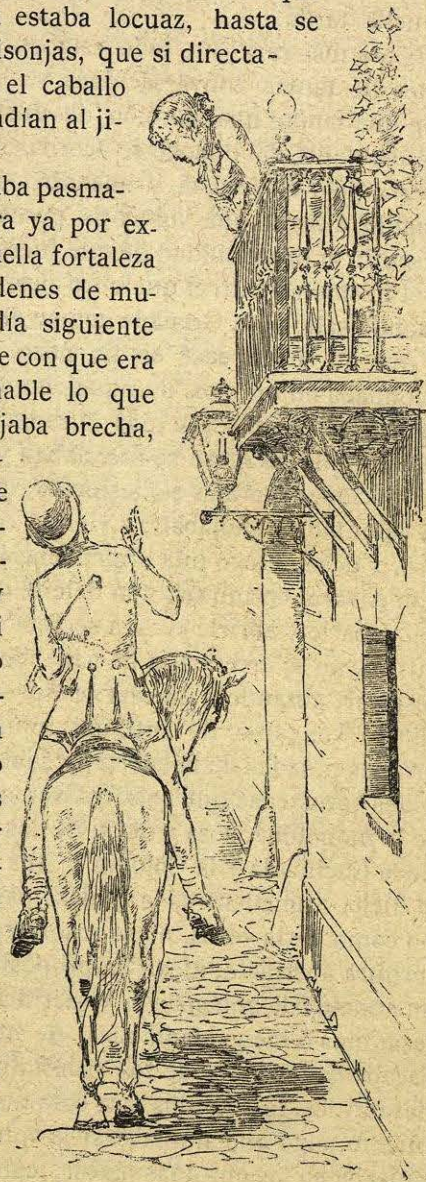


El estrépito de los cascos del animal sobre las piedras, sus graciosos movimientos, la hermosa figura del jinete llenaron la plaza de repente de vida y alegría, y la Regenta sintió un soplo de frescura en el alma. ¡Qué á tiempo aparecía el galán! Algo sospechó él de tal oportunidad al ver en los ojos y en los labios de Ana, dulce, franca y persistente sonrisa.

No le negó la delicia de anegarse en su mirada, y no trató de ocultar el efecto que en ella producía la de don Alvaro. Hablaron del caballo, del cementerio, de la tristeza del día, de la necesidad de aburrirse todos

de común acuerdo, de lo inhabitable que era Vetusta. Ana estaba locuaz, hasta se atrevió á decir lisonjas, que si directamente iban con el caballo también comprendían al jinete.

Don Alvaro estaba pasmado, y si no supiera ya por experiencia que aquella fortaleza tenía muchos órdenes de murallas, y que al día siguiente podría encontrarse con que era lo más inexpugnable lo que ahora se le antojaba brecha, hubiese creído llegada la ocasión de dar el ataque *personal*, como llamaba al más brutal y ejecutivo. Pero ni siquiera se atrevió á intentar acercarse, lo cual hubiera sido en todo caso muy difícil, pues no había de dejar el caballo en la plaza. Lo que hacia era aproximarse lo más que podía al balcón, ponerse en pié sobre los estribos, estirar el cuello y hablar bajo para que ella tuviese que inclinar-



se sobre la barandilla si quería oírle, que sí quería aquella tarde.

¡Cosa más rara! En todo estaban de acuerdo; después de tantas conversaciones se encontraba ahora con que tenían una porción de gustos idénticos. En un incidente del diálogo se acordaron del día en que Mesía dejó á Vetusta y encontró en la carretera de Castilla á Anita que volvía de paseo con sus tías. Se discutió la probabilidad de que fuese el mismo coche y el mismo asiento el que poco después ocupaba ella cuando salió para Granada con su esposo...

Ana se sentía caer en un pozo, según ahondaba, ahondaba en los ojos de aquel hombre que tenía allí debajo; le parecía que toda la sangre se le subía á la cabeza, que las ideas se mezclaban y confundían, que las nociones morales se deslucían, que los resortes de la voluntad se aflojaban; y viendo como veía un peligro, y desde luego una imprudencia en hablar así con don Alvaro, en mirarle con deleite que no se ocultaba, en alabarle y abrirle el arca secreta de los deseos y los gustos, no se arrepentía de nada de esto, y se dejaba resbalar, gozándose en caer, como si aquel placer fuese una venganza de antiguas injusticias sociales, de bromas pesadas de la suerte, y sobre todo de la estupidez vetustense que condenaba toda vida que no fuese la monótona, sosa y necia de los insípidos vecinos de la Encimada y la Colonia... Ana sentía deshacerse el hielo, humedecerse la aridez; pasaba la crisis, pero no como otras veces, no se resolvería en lágrimas de ternura abstracta, ideal, en propósitos de vida santa, en anhelos de abnegación y sacrificios; no era la fortaleza, más ó menos fantástica, de otras veces quien la sacaba del desierto de los pensamientos secos, fríos, desabridos, infecundos; era cosa nueva, era un relajamiento, algo que al dilacerar la voluntad, al vencerla, causaba en las entrañas placer, como un soplo fresco

que recorriese las venas y la médula de los huesos. «Si ese hombre no viniese á caballo, y pudiera subir, y se arrojara á mis piés, en este instante me vencía, me vencía.» Pensaba esto y casi lo decía con los ojos. Se le secaba la boca y pasaba la lengua por los labios. Y como si al caballo le hiciese cosquillas aquel gesto de la señora del balcón, saltaba y azotaba las piedras con el hierro; mientras las miradas del jinete eran cohetes que se encaramaban á la barandilla en que descansaba el pecho fuerte y bien torneado de la Regenta.

Callaron, después de haber dicho tantas cosas. No se había hablado palabra de amor, es claro; ni don Alvaro se había permitido galantería alguna directa y sobrado significativa; mas no por eso dejaban de estar los dos convencidos de que por señas invisibles, por efluvios, por adivinación ó como fuera, uno á otro se lo estaban diciendo todo; ella conocía que á don Alvaro le estaba quemando vivo la pasión allá abajo; que al sentirse admirado, tal vez amado en aquel momento, el agradecimiento tierno y dulce del amante y el amor irritado con el agradecimiento y con el señuelo de la ocasión le derretían; y Mesía comprendía y sentía lo que estaba pasando por Ana, aquel abandono, aquella flojedad del ánimo. «¡Lástima, pensaba el caballero, que me coja tan lejos, y á caballo, y sin poder apearme decorosamente, este momento crítico...» Al cual momento groseramente llamaba él para sus adentros el *cuarto de hora*.

No había tal cuarto de hora, ó por lo menos no era aquel cuarto de la hora á que aludía el materialista elegante.—

Todo Vetusta se aburría aquella tarde, ó tal se imaginaba Ana por lo menos; parecía que el mundo se iba á acabar aquel día, no por agua ni fuego sino por hastío, por la gran culpa de la estupidez humana,

cuando Mesía apareciendo á caballo en la plaza, vistoso, alegre, venía á interrumpir tanta tristeza fría y cenicienta con una nota de color vivo, de gracia y fuerza. Era una especie de resurrección del ánimo, de la imaginación y del sentimiento la aparición de aquella arrogante figura de caballo y caballero en una pieza, inquietos, ruidosos, llenando la plaza de repente. Era un rayo de sol en una cerrazón de la niebla, era la viva reivindicación de sus derechos, una protesta alegre y estrepitosa contra la apatía convencional, contra el silencio de muerte de las calles y contra el ruido necio de los campanarios...

Ello era, que sin saber por qué, Ana, nerviosa, vió aparecer á don Alvaro como un náufrago puede ver el buque salvador que viene á sacarle de un peñón aislado en el océano. Ideas y sentimientos que ella tenía aprisionados como peligrosos enemigos rompieron las ligaduras; y fué un motín general del alma, que hubiera asustado al Magistral de haberlo visto, lo que la Regenta sintió con deleite dentro de sí.

Don Alvaro no recordaba siquiera que la Iglesia celebraba aquel día la fiesta de Todos los Santos; había salido á paseo porque le gustaba el campo de Vetusta en Otoño y porque sentía opresiones, ansiedades que se le quitaban á caballo, corriendo mucho, bañándose en el aire que le iba cortando el aliento en la carrera...

«¡ Perfectamente! Mesía con aquella despreocupación, pensando en su placer, en la naturaleza, en el aire libre, era la realidad racional, la vida que se complace en sí misma; los otros, los que tocaban las campanas y *conmemoraban* maquinalmente á los muertos que tenían olvidados, eran las bestias de reata, la eterna Vetusta que había aplastado su existencia entera (la de Anita) con el peso de preocupaciones absurdas; la Vetusta que la había hecho infeliz... ¡Oh, pero estaba aún á tiempo! Se sublevaba, se sublevaba; que lo

supieran sus tías, difuntas; que lo supiera su marido; que lo supiera la hipócrita aristocracia del pueblo, los Vegallana, los Corujedos... toda la clase... se sublevaba...» Así era el cuarto de hora de Anita, y no como se lo figuraba don Alvaro, que mientras hablaba, sin propasarse, estaba pensando en dónde podría dejar un momento el caballo. No había modo; sin violencia, que podía echarlo todo á perder, no se podía buscar pretexto para subir á casa de la Regenta en aquel momento.

Gran satisfacción fué para don Víctor Quintanar, que volvía del casino, encontrar á su mujer conversando alegremente con el simpático y caballeroso don Alvaro, á quien él iba cobrando una afición que, según frase suya, «no solía prodigar.»

—Estoy por decir—aseguraba—que después de Frígilis, Ripamilán y Vegallana, ya es don Alvaro el vecino á quien más aprecio.

No pudiendo dar á su amigo los golpecitos en el hombro, con que solía saludarle, los aplicó á las ancas del jaco, que se dignó mirar volviendo un poco la cabeza al humilde infante.

—Hola, hola, hipógrifo violento

que corriste parejas con el viento—

dijo don Víctor, que manifestaba á menudo su buen humor recitando versos del Príncipe *de nuestros ingenios* ó de algún otro de los *astros de primera magnitud*.

—Á propósito, de teatro, don Alvaro ¿con que esta noche el buen Perales nos da por fin *Don Juan Tenorio*?... Algunos beatos habían intrigado para que hoy no hubiera función... ¡Mayor absurdo!... El teatro es moral, cuando lo es, por supuesto; además la tradición... la costumbre... Don Víctor habló largo y tendido de la moralidad en el arte, separándose á veces del hipógrifo violento que se impacientaba con aquella disertación académica.

Don Alvaro aprovechó la primera ocasión que tuvo para suplicar á Quintanar que obligase á su esposa á ver el *Don Juan*.

— Calle Vd., hombre... vergüenza da decirlo... pero es la verdad... Mi mujercita, por una de esas rarísimas casualidades que hay en la vida... nunca ha visto ni leído el *Tenorio*! Sabe versos sueltos de él, como todos los españoles, pero no conoce el drama... ó la comedia, lo que sea; porque, con perdón de Zorrilla, yo no sé si... ¡Demonio de animal, me ha metido la cola por los ojos!...

— Sepárese Vd. un poco, porque éste no sabe estar-se quieto... Pero dice Vd. que Anita no ha visto el *Tenorio*, ¡eso es imperdonable!

Aunque á don Alvaro el drama de Zorrilla le parecía inmoral, falso, absurdo, muy malo, y siempre decía que era mucho mejor el *Don Juan* de Molière (que no había leído), le convenía ahora alabar el poema popular y lo hizo con frases de gacetillero agradecido.

Quintanar no le perdonaba á Zorrilla la ocurrencia de atar á Megia codo con codo, y le parecía indigna de un caballero la aventura de don Juan con doña Inés de Pantoja. «Así cualquiera es conquistador.» Pero fuera de esto juzgaba hermosa creación la de Zorrilla... aunque las había mejores en nuestro teatro moderno. Á don Alvaro se le antojaba muy verosímil y muy ingenioso y oportuno el expediente de sujetar á don Luís y meterse en casa de su novia en calidad de prometido... Aventuras así las había él llevado á feliz término, y no por eso se creía deshonrado; pues el amor no se anda con libros de caballerías, y unas eran las empresas del placer, y otras las de la vanagloria; cuando se trataba de estas, lo mismo él que don Juan, sabían proceder con todos los requisitos del punto de honor. — Pero esta opinión también se la calló el jefe del partido liberal dinástico de Vetusta, y unió sus

ruegos á los de don Víctor para obligar á doña Ana á ir al teatro aquella noche.

— Si es una perezosa; si ya no quiere salir; si ha vuelto á las andadas, á las encerronas... y... pero... ¡lo que es hoy no tienes escape!...

En fin, tanto insistieron, que Ana, puestos los ojos en los de Mesía, prometió solemnemente ir al teatro.

Y fué.

Entró á las ocho y cuarto (la función comenzaba á las ocho) en el palco de los Vegallana en compañía de la Marquesa, Edelmira, Paco y Quintanar.

El teatro de Vetusta, ó sea *nuestro Coliseo de la plaza del Pan*, según le llamaba en elegante perifrasis el gacetillero y crítico del *Lábaro*, era un antiguo corral de comedias que amenazaba ruina y daba entrada gratis á todos los vientos de la rosa náutica. Si soplabá el Norte y nevaba, solían deslizarse algunos copos por la claraboya de la lucerna. Al levantarse el telón pensaban los espectadores sensatos en la pulmonía, y algunos de las butacas se embozaban prescindiendo de la buena crianza. Era un axioma vetustense que al teatro había que ir abrigado. Las más distinguidas señoritas, que en el Espolón y el Paseo Grande lucían todo el año vestidos de colores alegres, blancos, rojos, azules, no llevaban al coliseo de la plaza del Pan mas que gris y negro y matices infinitos del castaño, á no ser en los días de gran etiqueta. Los cómicos temblaban de frío en el escenario, dentro de la cota de malla, y las bailarinas aparecían azules y moradas dando diente con diente debajo de los polvos de arroz.

Las decoraciones se habían ido deteriorando, y el Ayuntamiento, donde predominaban los enemigos del arte, no pensaba en reemplazarlas. Como en la comedia que representan en el bosque los personajes del *Sueño de una noche de verano*, la fantasía tenía que suplir en el teatro de Vetusta las deficiencias del lienzo

y del cartón. No había ya más bambalinas que las de *salón regio*, que figuraban en sabia perspectiva artesonado de oro y plata, y las de cielo azul y sereno. Pero como en la mayor parte de nuestros dramas modernos se exige *sala decentemente amueblada*, sin artesones ni cosa parecida, los directores de escena solían decidirse en tales casos por el cielo azul. Á veces los telones y bastidores se hacían los remolones ó precipitaban su caída, y en una ocasión, el buen Diego Marsilla, atado á un árbol codo con codo se encontró de repente en el camarín de doña Isabel de Segura, con lo que el drama se hizo inverosímil á todas luces. La decoración de bosque se había desplomado.

Ya estaban los vetustenses acostumbrados á estos que llamaba Ronzal anacronismos, y pasaban por todo, en particular las *personas decentes* de palcos principales y plateas, que no iban al teatro á ver la función, sino á mirarse y despellejarse de lejos. En Vetusta las señoras no quieren las butacas, que, en efecto, no son dignas de señoras, ni butacas siquiera; sólo se degradan tanto las cursis y alguna dama de aldea en tiempo de feria. Los pollos elegantes tampoco frecuentan la sala, ó patio, como se llama todavía. Se reparten por palcos y plateas donde, apenas recatados, fuman, rien, alborotan, interrumpen la representación, por ser todo esto de muy buen tono y fiel imitación de lo que muchos de ellos han visto en algunos teatros de Madrid. Las mamás desengañadas dormitan en el fondo de los palcos; las que son ó se tienen por dignas de lucirse, comparten con las jóvenes la seria ocupación de ostentar sus encantos y sus vestidos oscuros mientras con los ojos y la lengua cortan los de las demás. En opinión de la dama vetustense, en general, el arte dramático es un pretexto para pasar tres horas cada dos noches observando los trapos y los trapicheos de sus vecinas y amigas. No oyen, ni ven ni entien-

den lo que pasa en el escenario; únicamente cuando los cómicos hacen mucho ruido, bien con armas de fuego, ó con una de esas anagnorisis en que todos resultan padres é hijos de todos y enamorados de sus parientes más cercanos, con los consigüentes alaridos, —sólo entonces vuelve la cabeza la buena dama de Vetusta, para ver si ha ocurrido allá dentro alguna catástrofe de verdad. No es mucho más atento ni impresionable el resto del público ilustrado de la culta capital. En lo que están casi todos de acuerdo es en que la zarzuela es superior al *verso*, y la estadística demuestra que todas las compañías de *verso* truenan en Vetusta y se disuelven. Las partes de por medio suelen quedarse en el pueblo y se les conoce porque les coge el invierno con ropa de verano, muy ajustada por lo general. Unos se hacen vecinos y se dedican á coristas endémicos para todas las óperas y zarzuelas que haya que cantar, y otros consiguen un beneficio en que ellos pasan á primeros papeles, y ayudados por varios jóvenes aficionados de la población representan alguna obra de empeño, ganan diez ó doce duros y se van á otra provincia á tronar otra vez. Estos artistas de *verso* también paran á veces en la cárcel, según el gobierno que rige los destinos de la Nación. Suele tener la culpa el empresario que no paga y además insulta el hambre de los actores. Al considerar esta mala suerte de las compañías dramáticas en Vetusta, podría creerse que el vecindario no amaba la escena, y así es en general; pero no faltan clases enteras, la de mancebos de tienda, la de los cajistas, por ejemplo, que cultivan en teatros caseros el *difícil arte de Talía*, y con *grandes resultados* según el Lábaro y otros periódicos locales.—

Cuando Ana Ozores se sentó en el palco de Vegallana, en el sitio de preferencia, que la Marquesa no quería ocupar nunca, en las plateas y principales hubo

cuchicheos y movimiento. La fama de hermosa que gozaba y el verla en el teatro de tarde en tarde, explicaba, en parte, la curiosidad general. Pero además hacía algunas semanas que se hablaba mucho de la Regenta, se comentaba su cambio de confesor, que por cierto coincidía con el afán del señor Quintanar, de llevar á su mujer á todas partes. Se discutía si el Magistral haría de su partido á la de Ozores, si llegaría á dominar á don Víctor por medio de su esposa, como había hecho en casa de Carraspique. Algunos más audaces, más maliciosos, y que se creían más enterados, decían al oído de sus *intimos* que no faltaba quien procurase contrarrestar la influencia del Provisor. Visitación y Paco Vegallana, que eran los que podían hablar con fundamento, guardaban prudente reserva; era Obdulia quien se daba aires de saber muchas cosas que no había.

—«¡La Regenta, bah! la Regenta será como todas... Las demás somos tan buenas como ella... pero su temperamento frío, su poco trato, su orgullo de mujer intachable, le hacen ser menos expansiva y por eso nadie se atreve á murmurar... Pero tan buenas como ella son muchas...»

Las reticencias de la Fandiño eran todavía recibidas con desconfianza, en casi todas partes. Pero con motivo de condenar su mala lengua, corría de boca en boca el asunto de sus murmuraciones vagas y cobardes. Obdulia meditaba poco lo que decía, hablaba siempre aturdida, por máquina, pensando en otra cosa; iba sacándole filo á la calumnia, sin sospecharlo. Además el mayor crimen que podía haber en la Regenta, y no creía ella que á tanto llegase, era seguir la corriente. «En Madrid y en el extranjero, esto es el pan nuestro de cada día; pero en Vetusta fingen que se escandalizan de ciertas libertades de la moda, las mismas que se las toman de tapadillo, entre sustos y miedos, sin

gracia, del modo cursi como aquí se hace todo. ¡Pero qué se puede esperar de unas mujeres que no se bañan, ni usan las esponjas más que para lavar á los *bebés!*» Obdulia, cuando hablaba con algún forastero, desahogaba su desprecio describiendo la hipocresía anticuada y la suciedad de las mujeres de Vetusta.

—«Créame Vd., repetía, no sabe su cuerpo lo que es una esponja, se lavan como gatas y se la pegan al marido como en tiempo del rey que rabió. ¡Cuánta porquería y cuánta ignorancia!»

Ana, acostumbrada muchos años hacía, á la mirada curiosa, insistente y fría del público, no reparaba casi nunca en el efecto que producía su entrada en la iglesia, en el paseo, en el teatro. Pero la noche de aquel día de Todos los Santos, recibió como agradable incienso, el tributo espontáneo de admiración; y no vió en él como otras veces, curiosidad estúpida, ni envidia ni malicia. Desde la aparición de don Alvaro en la plaza, el humor de Ana había cambiado, pasando de la aridez y el hastío negro y frío, á una región de luz y calor que bañaban y penetraban todas las cosas: aquellas bruscas transformaciones del ánimo, las atribuía supersticiosamente á una voluntad superior, que regía la marcha de los sucesos preparándolos, como experto autor de comedias, según convenía al destino de los seres. Esta idea que no aplicaba con entera fe á los demás, la creía evidente en lo que á ella misma le importaba; estaba segura de que Dios le daba de cuando en cuando avisos, le presentaba coincidencias para que ella aprovechara ocasiones, oyese lecciones y consejos. Tal vez era esto lo más profundo en la fe religiosa de Ana; creía en una atención directa, ostensible y singular de Dios á los actos de su vida, á su destino, á sus dolores y placeres; sin esta creencia no hubiera sabido resistir las contrariedades de una existencia triste, sosa, descaminada, inútil. Aquellos ocho

años vividos al lado de un hombre que ella creía vulgar, bueno de la manera más molesta del mundo, maniático, insustancial; aquellos ocho años de juventud sin amor, sin fuego de pasión alguna, sin más atractivo que tentaciones efímeras, rechazadas al aparecer, creía ella que no hubiera podido sufrirlos á no pensar que Dios se los había mandado para probar el temple de su alma y tener en qué fundar la predilección con que la miraba. Se creía en sus momentos de fe egoísta, admirada por el Ojo invisible de la Providencia. El que todo lo ve y la veía á ella, estaba satisfecho, y la vanidad de la Regenta necesitaba esta convicción para no dejarse llevar de otros instintos, de otras voces que arrancándola de sus abstracciones, le presentaban imágenes plásticas de objetos del mundo amables, llenas de vida y de calor.

Cuando descubrió en el confesonario del Magistral un *alma hermana*, un espíritu *supra-vetustense* capaz de llevarla por un camino de flores y de estrellas á la región luciente de la virtud, también creyó Ana que el hallazgo se lo debía á Dios, y como aviso celestial pensaba aprovecharlo.

Ahora, al sentir revolución repentina en las entrañas en presencia de un gallardo jinete, que venía á turbar con las corvetas de su caballo, el silencio triste de un día de marasmo, la Regenta no vaciló en creer lo que le decían voces interiores de independencia, amor, alegría, voluptuosidad pura, bella, digna de las almas grandes. Sus horas de rebelión nunca habían sido tan seguidas. Desde aquella tarde ningún momento había dejado de pensar lo mismo; que era absurdo que la vida pasase como una muerte, que el amor era un derecho de la juventud, que Vetusta era un lodazal de vulgaridades, que su marido era una especie de tutor muy respetable, á quien ella sólo debía la honra del cuerpo, no el fondo de su espíritu

que era una especie de subsuelo, que él no sospechaba siquiera que existiese; de aquello que don Víctor llamaba los nervios, asesorado por el doctor don Robustiano Somoza, y que era el fondo de su sér, lo más suyo, lo que ella era, en suma, de aquello no tenía que darle cuenta. «Amaré, lo amaré todo, lloraré de amor, soñaré como quiera y con quien quiera; no pecaré mi cuerpo, pero el alma la tendré anegada en el placer de sentir esas cosas prohibidas por quien no es capaz de comprenderlas.» Estos pensamientos, que sentía Ana volar por su cerebro como un torbellino, sin poder contenerlos, como si fuesen voces de otro que retumbaban allí, la llenaban de un terror que la encantaba. Si algo en ella temía el engaño, veía el sofisma debajo de aquella gárrula turba de ideas sublevadas, que reclamaban supuestos derechos, Ana procuraba ahogarlo, y como engañándose á sí misma, la voluntad tomaba la resolución cobarde, egoísta, de «dejarse ir.»

Así llegó al teatro. Había cedido á los ruegos de don Alvaro y de don Víctor sin saber cómo; temiendo que aquello era una cita y una promesa; y sin embargo iba. Cuando se vió sola delante del espejo en su tocador, se la figuró que la Ana de enfrente le pedía cuentas; y formulando su pensamiento en periodos completos dentro del cerebro, se dijo:

—«Bueno, voy; pero es claro que si voy me comprometo con mi honra á no dejar que ese hombre adquiera sobre mí derecho alguno; no sé lo que pasará allí, no sé hasta qué punto alcanza este aliento de libertad que ha venido de repente á inundar la sequedad de dentro; pero el ir yo al teatro es prueba de que allí no ha de haber pacto alguno que ofenda al decoro; no saldré de allí con menos honor que tengo.»

Y después de pensar y resolver esto se vistió y se peinó lo mejor que supo, y no volvió á poner en tela de juicio puntos de honra, peligros, ni compromisos

de los que á don Víctor tanto gustaba ver en versos de Calderón y de Moreto.

El palco de Vegallana era una platea contigua á la del proscenio, que en Vetusta llamaban bolsa, porque la separa un tabique de las otras y queda aparte, algo escondida. La bolsa de enfrente—izquierda del actor,—era la de Mesía y otros elegantes del Casino; algunos banqueros, un título y dos americanos, de los cuales el principal era don Frutos Redondo, sin duda alguna. Don Frutos no perdía función: á éste le gustaba el verso, «el verso y tente tieso» como él decía; y se declaraba á sí mismo, con la autoridad de sus millones de pesos, *inteligente de primera fuerza*, en achaques de comedias y dramas. «¡No veo la tostada!» decía don Frutos, que había aprendido esta frase poco culta y poco inteligible en los artículos de fondo de un periódico serio. «No veo la tostada» decía, refiriéndose á cualquier comedia en que no había una lección moral, ó por lo menos no la había al alcance de Redondo; y en no viendo él la tostada, condenaba al autor y hasta decía que defraudaba á los espectadores, haciéndoles perder un tiempo precioso. De todas partes quería sacar provecho don Frutos, y prueba de ello es que decía, por ejemplo:

«Que Manrique se enamora de Leonor, y que el conde también se enamora, y se la disputan hasta que ella y el perdulario del poeta amen de la gitana se van al otro barrio ¿y qué? ¿qué enseña eso? ¿qué vamos aprendiendo? ¿qué voy yo ganando con eso? Nada.»

Á pesar de don Frutos y sus altercados de crítica dramática, la bolsa de don Alvaro, que así se llamaba en todas partes, era la más *distinguida*, la que más atraía las miradas de las mamás y de las niñas y también las de los pollos vetustenses que no podían aspirar á la honra de ser abonados de aquel rincón aristocrático, elegante, donde se reunían los *hombres de*

mundo (en Vetusta el mundo se andaba pronto) presididos por el jefe del partido liberal dinástico. La mayor parte de los allí congregados habían vivido en Madrid algún tiempo y todavía imitaban costumbres, modales y gestos que habían observado allá. Así es que á semejanza de los socios de un club madrileño, hablaban á gritos en su palco, conversaban con los cómicos á veces, decían galanterías ó desvergüenzas á coristas y bailarinas, y se burlaban de los grandes ideales románticos que pasaban por la escena, mal vestidos, pero llenos de poesía. Todos eran escépticos en materia de moral doméstica, no creían en virtud de mujer nacida,—salvo don Frutos que conservaba frescas sus creencias—y despreciaban el amor consagrándose con toda el alma, ó mejor, con todo el cuerpo, á los amoríos; creían que un hombre de mundo no puede vivir sin querida, y todos la tenían, más ó menos barata; las cómicas eran la carnaza que preferían para tragar el anzuelo de la lujuria rebozado con la vanidad de imitar costumbres corrompidas de pueblos grandes. Bailarinas de desecho, cantatrices inválidas, matronas del género serio demasiado sentimentales en su juventud pretérita, eran perseguidas, obsequiadas, regaladas y hasta aburridas por aquellos seductores de campanario, incapaces los más de intentar una aventura sin el amparo de su bolsillo ó sin contar con los humores herpéticos de la dama perseguida, ó cualquier otra enfermedad física ó moral que la hiciesen fácil, traída y llevada.

El único conquistador serio del bando era don Alvaro y todos le envidiaban tanto como admiraban su fortuna y hermosa estampa. Pero nadie como Pepe Ronzal, alias Trabuco y antes El Estudiante, abonado de la bolsa de enfrente, la vecina al palco de Vegallana. Trabuco era el núcleo de la que se llamaba *la otra bolsa*, y había procurado rivalizar en elegancia, *sans fa-*

çon y mundo con los de Mesía. Pero á su palco concurrían *elementos heterogéneos*, muchos de los cuales lo echaban todo á perder; y no eran escépticos sino cínicos, ni seductores más ó menos auténticos, sino compradores de carne humana. Los abonados de esta *otra bolsa* eran Ronzal, Foja, Paez (que además tenía palco para su hija), Bedoya; un escribano famoso por su lujuria que le costaba mucho dinero, por su arte para descubrir vírgenes en las aldeas y por sus buenas relaciones con todas las Celestinas del pueblo; un escultor no comprendido, que no colocaba sus estatuas y se dedicaba á especulaciones de arqueólogo embustero; el juez de primera instancia que se dividía á sí mismo en dos entidades, 1.^a el juez, incorruptible, intratable, puerco-espín sin pizca de educación, y 2.^a el hombre de sociedad, perseguidor de casadas de mala fama, consuelo de todas las que lloraban desengaños de amores desgraciados; y tres ó cuatro vejetes verdes del partido conservador, concejales, que todo lo convertían en política. Pero si estos eran los que pagaban el palco, á él concurrían cuantos socios del Casino tenían amistad con cualquiera de ellos. Ronzal había protestado varias veces.—¡Señores, parece esto la *cazuela!* había dicho á menudo, pero en balde. Allí iba Joaquinito Orgaz, y cuantos sietemesinos madrileños pasaban por Vetusta, y hasta los que habían nacido y crecido en el pueblo y no lucían más que un barniz de la corte. Y como la bolsa del *otro* era respetada y sólo se atrevían á visitarla personas de posición, á Ronzal le llevaban los diablos. Desde su bolsa hasta se arrojaban perros-chicos á la escena, para exagerar la falta de compostura de los de enfrente. Algunos insolentes fumaban allí á vista del público y dejaban caer bolas de papel sobre alguna respetable calva de la orquesta. De vez en cuando les llamaban al orden desde el paraíso ó desde las butacas, pero ellos despreciaban á la mul-

titud y la miraban con aires de desafío. Hablaban con los amigos que ocupaban las bolsas de los palcos principales, y hacían señas ostentosas y nada pulcras á ciertas señoritas cursis que no se casaban nunca y vivían una juventud eterna, siempre alegres, siempre estrepitosas y siempre desdeñando las preocupaciones del recato. Estas damas eran pocas; la mayoría pecaban por el extremo de la seriedad insulsa, y en cuanto se veían expuestas á la contemplación del público, tomaban gestos y posturas de estatuas egipcias de la primera época.

Cuando había estreno de algún drama ó comedia muy aplaudidos en Madrid, en el palco de Ronzal se discutía á grito pelado y solía predominar el criterio de un acendrado provincialismo, que parecía allí lo más natural tratándose de arte. No había salido de Vetusta ningún dramaturgo ilustre, y por lo mismo se miraba con ojeriza á los de fuera. Eso de que Madrid se quisiera imponer en todo, no lo toleraban en la bolsa de Ronzal. Se llegó en alguna ocasión á declarar que se despreciaba la comedia porque los madrileños la habían aplaudido mucho, y «en Vetusta no se admitían imposiciones de nadie», no se seguía un juicio hecho. La ópera, la ópera era el delirio de aquellos escribanos y concejales; pagaban un dínaral por oír un cuarteto que á ellos se les antojaba contratado en el cielo y que sonaba como sillas y mesas arrastradas por el suelo con motivo de un desestero.

—¡Se acuerdan Vds. de la Pallavicini! ¡Qué voz de arcángel!—decía Foja, socarrón, escéptico en todo, pero creyente fanático en la música de los cuartetos de ópera de lance.

—Oh, como el barítono Batistini, yo no he oído nada—respondía el escribano, que estimaba la voz de barítono, por lo *varonil*, más que la del tenor y la del bajo.